

sas sumas franqueadas por dos ó tres particulares, y por las que en pocos momentos se reunieron en la alhóndiga de Granaditas, poco antes de que se aproximase el cura Hidalgo á Guanajuato. Con estos notables recursos, Calleja logró no solo hacer desahogadamente los preparativos para la campaña que se preparaba á abrir, sino que tuvo los fondos suficientes para los gastos del ejército y cuanto exigian las atenciones de la guerra.

1810. Sin estas considerables sumas de que Calleja pudo disponer y sin la extraordinaria actividad que desplegó en levantar gente, instruirla, fundir cañones y organizar los cuerpos, hubiera sido imposible contener el ímpetu de la revolucion que amenazaba invadir desde un extremo al otro de la Nueva-España. Calleja hizo lo que ningun otro jefe hubiera podido hacer en el breve tiempo en que él puso á su ejército en estado de salir á campaña. Era apreciado por todos los habitantes de la provincia de San Luis, y merced al influjo que tenia, vió obsequiadas inmediatamente sus disposiciones y contó con el apoyo de las diversas clases de la sociedad, que le facilitaron gente, dinero y víveres. Las tropas que el virey Venegas habia movido con direccion al teatro de la guerra, eran muy pocas en número, y es casi seguro, que á no haber formado Calleja los cuerpos que instruyó y armó, el cura Hidalgo hubiera triunfado. El virey le envió una comunicacion el 17 de Setiembre, ordenándole que sin pérdida de momento pasase á Querétaro, cuya ciudad importaba cuidar por su excelente posicion para las operaciones de la campaña. Le decia que marchase aunque fuera con solo su escolta, dejando dispuesto que le siguiesen los

regimientos de San Luis y San Carlos. El virey, al dar esas disposiciones, no tenia noticia ninguna de haberse dado en Dolores el grito de independencia, y solo sabia lo referente á la conspiracion descubierta en Querétaro. Temiendo, por lo mismo, que en la ciudad se verificase algun movimiento en sentido revolucionario, trataba de evitarlo con la presencia de Calleja. Pero las cosas habian cambiado cuando la comunicacion del virey llegó á manos del jefe realista á quien iba dirigida. El cura Hidalgo se hallaba ya en campaña, y era preciso obrar de acuerdo con las circunstancias del momento. D. Félix Calleja manifestó al virey, en una comunicacion que le envió en respuesta á la suya, que le era imposible alejarse de San Luis. Le decia que habia descubierto una conspiracion tramada por algunos oficiales, los cuales ofrecian pasarse al ejército insurgente con los cuerpos que mandaban: que la existencia de esta conspiracion habia llegado á saber por la fidelidad de un sargento; que un sacerdote que se hallaba complicado en la conjuracion se habia suicidado al verse descubierto; y que se habian fijado pasquines revolucionarios en los sitios mas públicos de San Luis, que hacian temer un próximo pronunciamiento. No obstante estas observaciones, Calleja ofreció al virey que marcharia á reunirse con el conde de la Cadena, que se dirigia de Méjico á Querétaro, para seguir el plan que Venegas le proponia, ocupándose entre tanto en instruir y organizar los cuerpos que habia levantado. Venegas encontró prudentes las observaciones que Calleja exponia, y le dejó que siguiese el plan que habia concebido.



Para evitar que alguna fuerza destacada por el cura Hidalgo para propagar la revolucion, penetrase en la provincia, Calleja colocó algunas tropas en los caminos principales, y situó en el puerto de San Bartolo y en diversos puntos, importantes todos, dos escuadrones de caballería provincial, compuesto de doscientos hombres cada uno, de las haciendas del Jaral y Barrancas. La ciudad la dejó guarnecida con una fuerza de setecientos hombres, compuesta de trescientos cincuenta infantes, una compañía de caballería de cuarenta hombres, otra de setenta, que desde antes habia, y tres compañías de urbanos que levantó. Estas fuerzas las dejó al mando del comandante D. Toribio Cortina, y dió orden de que pasasen á la expresada ciudad doscientos hombres de Colotlan, que no llegó á verificarse.

Mientras D. Félix Calleja obraba con la actividad y acierto de un entendido militar, el conde de la Cadena, D. Manuel Flon, habia llegado á Querétaro con las tropas que salieron de Méjico bajo su mando. Algunas fuerzas bastante numerosas de insurgentes se presentaron en las cercanías de Querétaro por el camino de San Miguel el Grande. El conde de la Cadena hizo que saliese contra ellos una fuerza de seiscientos hombres, al mando del sargento mayor D. Bernardo Tello, compuesta de infantería de Celaya, dragones de Sierra Gorda, una compañía de voluntarios de Celaya, formada en Querétaro con los españoles refugiados en la ciudad, de que fué nombrado capitán D. Antonio Linares, y dos piezas de artillería. D. Bernardo Tello, juzgando que la fuerza enemiga que se dirigia á buscar, no excederia de la que él llevaba,

marchó sin temor ninguno hasta el sitio en que se hallaba; pero al ver su tropa que el número de insurgentes no bajaba de tres mil, y que las posiciones que ocupaban eran ventajosas, pues se habian colocado en el puerto de Carroza, empezó á dispersarse. Unicamente se quedaron en formacion ciento ochenta hombres, sin mas oficial que el capitán D. Antonio Linares. Este, lejos de retroceder, avanzó al ataque. La division, animada con su ejemplo, volvió á rehacerse; y en la tarde del 6 de Octubre, sostuvo una accion que, por ser la primera que se daba á campo raso, llamó la atencion pública. Los indios, confiando en su número, se lanzaron sobre los realistas con la confianza del triunfo; pero los dos cañoncitos de montaña hicieron estragos en ellos. Se ha dicho que desconociendo los indios los efectos de la artillería, «se precipitaban sobre ella creyendo defenderse con presentar á las bocas de los cañones sus sombreros de paja,» y «que así fué grande la mortandad que tuvieron, siendo completamente desbaratados (1).» Pero semejante especie es absolutamente inadmisibile. Nunca los indios, ni á la llegada de Hernán Cortés, en que desconocian completamente las armas de fuego, se lanzaron sobre ellas para impedir que saliese el tiro. Por el contrario, veian sus estragos, y quedaban aterrados al escuchar la detonacion. No es verosímil, por lo mismo, que los indios del siglo XIX que habian visto fundir cañones al mismo Hidalgo en Guanajuato, y que conocian la fuerza de una bala disparada de un fusil, abrigasen la insensatez de creer que podrian detener el

(1) D. Lucas Alaman, *Hist. de Méj.*



disparo de un cañon con un sombrero de petate. La especie referida no pasa de una de esas anécdotas inventadas por algunos de esos hombres que buscan la manera de dar mayor interés á los hechos, mezclando en ellos algo que salga de los límites de lo comun (1). El arrojo con que los indios se lanzaron sobre las dos piezas de artillería para apoderarse de ellas, les hizo perder un número considerable de gente, y puestos en desorden y confusion emprendieron la retirada, dejando sembrado de cadáveres el sitio de la lucha. Los realistas no tuvieron mas pérdida que la de un soldado de Celaya, que murió, no por la bala enemiga, sino casualmente por su misma artillería (2).

(1) No es D. Lucas Alaman, que estaba dotado de un recto juicio, el responsable de la inadmisibile anecdota que referida queda. Cierta es que refiere de ésa manera el acontecimiento; pero lo hace porque «este hecho increíble,» como pone en una nota marginal, «le fué asegurado por todos los que tuvieron conocimiento del suceso.» Sin embargo, ninguno de los que le contaron, le aseguró haberlo visto, sino oído referir; pero aun cuando hubiesen asegurado haberlo visto, se debia haber acogido con duda la noticia, por esa costumbre bastante generalizada que hay de asegurar haber presenciado un hecho, cuando se tiene fé en la persona que nos lo ha referido. Casos hay en que cuando le cuentan á un historiador un hecho inadmisibile á todas luces, se debiera contestar: «¿Usted lo ha visto?»—Sí.—«Pues lo creo porque V. lo ha visto; pero si yo lo hubiese visto no lo creeria.»

(2) La relacion de este hecho de armas fué tomada por D. Lucas Alaman, segun dice en una nota marginal, de una representacion que hizo al virey Apodaca D. Antonio Linares, exponiendo sus servicios, de la cual poseia una copia. «La que se publicó en la Gaceta citada (9 de Octubre) es falsa,» dice el Sr. Alaman, «mereciendo mas confianza lo que dice Linares,» quien agrega, que satisfecho de sus servicios y del comportamiento de su compañía, el conde de la Cadena hizo que siguiese Linares con ella en el ejército que se llamó del centro, confiándole el difícil servicio de las descubiertas. Esto, sin variar el resultado, hace muy diverso el orden de la accion. Tello disimula lo ocurrido, diciendo en su parte, que quiso retirarse por acercarse la noche.

Este hecho de armas, aunque no fué de importancia, se ponderó como si se hubiese alcanzado un notable triunfo. No es, sin embargo, censurable que se le revistiese de una importancia que no tenia, pues se trataba de despertar el entusiasmo y la emulacion entre las bisonas tropas que tenian que combatir contra fuerzas muy superiores en número, aunque indisciplinadas en su mayor parte. Era por otra parte, como he dicho, la primera accion campal que se daba entre insurgentes y realistas, y aunque unos y otros eran nacidos en el país, y por lo mismo igualmente valientes, se necesitaba hacer ver las ventajas que dan la subordinacion sobre la indisciplinacion, y presentar como un feliz augurio de los encuentros futuros, el resultado de la primera accion de guerra. D. Bernardo Tello, recomendó, en el parte que dió al gobierno, el excelente comportamiento de los soldados del regimiento de Celaya, de quienes se habia tenido alguna desconfianza por hallarse en las filas del cura Hidalgo una considerable parte de aquel cuerpo. Desde aquel momento se pudo ver que los soldados obrarian segun la opinion de los jefes, y que se batirian con valor y fidelidad.

Colocado el cura Hidalgo en Guanajuato entre las fuerzas de Flon y de Calleja, podia haber hecho un movimiento que hubiese destruido á uno despues del otro, quedando sin mas contrarios que los escasos cuerpos que se hallaban con el virey en la capital. Cayendo con su numeroso ejército sobre Calleja, cuya gente en su mayor parte era bisona y se hallaba recibiendo las primeras instrucciones en el manejo de las armas, le hubiera sido fácil apoderarse de San Luis, y marchando luego al en-



cuentro de las cortas fuerzas del conde de la Cadena, alcanzar sobre él una completa victoria. Pero el caudillo de la revolucion conocia que para poner en planta esas combinaciones estratégicas, se necesitaba contar con tropas regladas, y creyendo mas conveniente seguir el plan de apoderarse de ciudades que á la vez que no pudieran oponerle una seria resistencia, le proporcionasen recursos y extendiesen su poder debilitando el del gobierno, se propuso marchar, como se ha dicho, sobre Valladolid.

Tambien Calleja y D. Manuel Flon, conde de la Cadena, podian haber combinado un movimiento sobre Guanajuato, aprovechándose de la poca instruccion militar de la gente que mandaba; pero el número les imponia respeto, y Calleja, que no acababa aun sus preparativos de campaña, se propuso no dar paso ninguno hasta no estar en disposicion de salir en busca de sus contrarios, y Flon habia recibido instrucciones del virey de no emprender nada por sí solo hasta no reunirse con Calleja, segun el plan que se tenia adoptado. Así respetándose mutuamente, como sucede siempre antes de saber de lo que es capaz el ejército contrario, cada uno procuraba aumentar sus fuerzas para no aventurar el éxito de la empresa.

El cura Hidalgo, convencido de que por algun tiempo no haria movimiento ninguno militar sobre Guanajuato D. Félix Calleja, resolvió, como he dicho, marchar sobre Valladolid. Opina un historiador, que en esta determinacion de Hidalgo «pudo entrar por mucho la satisfaccion de presentarse como vencedor en la ciudad en que habia

pasado como estudiante sus primeros años, y hacerse acatar en ella por aquellos altivos canónigos, ante los cuales tantas veces el humilde cura tenia que presentarse como suplicante: lisonjas del amor propio y pequeñeces de los hombres que á veces influyen mas que otros motivos en sus mas importantes acciones (1);» pero no es de creerse que una simple vanidad fuese el móvil de la determinacion tomada. No era posible que cuando habia emprendido en Guanajuato cosas importantes que le interesaba terminar, se dirigiese á la capital de Michoacan con todo su ejército, sin otro fin que la vana satisfaccion de verse acatado por los canónigos ante quienes en un tiempo se presentó como suplicante. Objeto de mas importancia debemos suponer que dictó aquella marcha. Hidalgo tenia en Valladolid numerosos partidarios; sabia que la resistencia que la guarnicion opusiera seria débil y corta: esperaba hallar en la ciudad recursos pecuniarios, y por último hacer que la provincia entera se declarase por la empresa que habia acometido.

No hay derecho para suponer á la determinacion de su marcha un motivo fútil, cuando la ocupacion de la ciudad podia ser de grandes resultados para el progreso de la revolucion.

(1) Don Lucas Alaman. *Hist. de Méj.*